



Con la colaboración
de la UNIVERSIDAD
PONTIFICIA
DE SALAMANCA

SE226078

EDITORIAL

No es una cuestión por resolver, es una voz

¿Qué le sucede a la Iglesia cuando el pensamiento de las mujeres cobra protagonismo? Este número, publicado durante el mes del Día Internacional de la Mujer, nace de esta pregunta. No de una contradicción, sino de la conciencia de que el feminismo, incluso antes de ser una teoría, es una práctica transformadora. Es la postura de quienes cuestionan si las palabras, los rituales, las estructuras y los lenguajes ofrecen a las mujeres las mismas oportunidades y responsabilidades que a los hombres. No es casualidad que comencemos recordando a una figura como **Leonor Aída Concha**, religiosa y feminista mexicana que falleció en octubre de 2025, pero permaneció dentro de la institución sin renunciar a la crítica. Su trayectoria demuestra que la fidelidad y el cambio no son opuestos.

El quid de la cuestión es el patriarcado. Un sistema cultural que durante siglos ha permeado la teología y las prácticas eclesiales, presentándose a veces como “un orden natural” e influyendo en los lenguajes, los roles y las costumbres. Sin embargo, el Evangelio no promete privilegios, sino vida en abundancia para todas y todos. Aquí es donde cobra forma la teología feminista, con más de un siglo de estudio y predicación: no para sustituir un poder por otro, sino para releer críticamente las interpretaciones que, con el tiempo, han terminado limitando el acceso de las mujeres a la palabra, la responsabilidad y el ministerio, y para exigir su participación más plena en la vida eclesial. El Concilio Vaticano II abrió una puerta decisiva al reconocer la igual dignidad bautismal. Desde entonces, mucho ha cambiado: el acceso a los estudios teológicos, la presencia de mujeres en los centros de formación, el reconocimiento de los ministerios establecidos para las mujeres por *Spiritus Domini* del Papa **Francisco**. Pero el camino sigue.

Un ámbito emblemático es la liturgia. Si la liturgia manifiesta a la Iglesia, la calidad de las relaciones se mide en ella. Las mujeres han influido en la música, la catequesis y la reflexión ritual; y las teólogas feministas también han contribuido a revisar el simbolismo con el que hablamos de Dios. Las imágenes no son neutrales porque hablar únicamente de Dios como Padre y soberano ha dado forma a un imaginario jerárquico. Redescubrir la Sabiduría, la dimensión generativa y relacional de lo divino, significa transformar no solo las palabras, sino también la práctica y la autocomprensión de la Iglesia. La resistencia ha existido y sigue existiendo. Pero las mujeres no son “una cuestión” por resolver. Son sujetos teológicos, creyentes adultas, protagonistas de la liturgia y de la historia eclesial. Tenaces. *Gutta cavat lapidem, non vi sed saepe cadendo*: la gota erosiona la piedra, no por su fuerza, sino por su perseverancia.

DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual

CONSEJO DE REDACCIÓN

RITANNA ARMENI
GABRIELLA BOTTANI
YVONNE DOHNA SCHLOBITTEN
CHIARA GIACCARDI
SHAHRZAD HOUSHMAND ZADEH
AMY-JILL LEVINE
GRAZIA LOPARCO
MARINELLA PERRONI
MARTA RODRÍGUEZ DÍAZ
CAROLA SUSANI
RITA PINCI (COORDINADORA)

EN REDACCIÓN

SILVIA GUIDI
VALERIA PENDENZA

Esta edición especial en castellano
(traducción de ÁNGELES
CONDE) se distribuye de forma
conjunta con VIDA NUEVA y
no se venderá por separado

www.osservatoreromano.va

Era feliz porque pudo experimentar la libertad tal como ella la entendía”. A **Leonor Aída Concha** le habría gustado encontrar estas palabras en el último párrafo de su biografía. Lo había dicho muchas veces. Religiosa y feminista, dedicó su vida a desafiar las estructuras patriarcales de la Iglesia católica, construyendo espacios de libertad a través de la fe y el movimiento femenino, un camino que continúa cuestionando la posibilidad de transformación interna dentro de la institución. Su vida terminó el 15 de octubre de 2025 en la Ciudad de México, a los 92 años, dejando una profunda huella en la historia del feminismo católico latinoamericano. Más de nueve décadas de una existencia de frontera; ese punto intermedio donde diferentes geografías humanas y existenciales pueden tocarse, descubrirse y encontrarse. Esa fue la patria de pioneras como Leonor, nacida en Chihuahua, en el norte de México, tercera hija de madre cristiana y padre masón, monja de las Hermanas del Servicio Social y feminista declarada. Una combinación que, para muchos, todavía resulta problemática.

¿Tiene sentido hoy hablar de feminismo e Iglesia sin reducirlo todo a una confrontación ideológica? ¿O vale la pena preguntarse cómo el feminismo, incluso donde parecía no bienvenido, ha contribuido a cambiar sensibilidades, lenguajes y prácticas, incluso sin el reconocimiento formal? Quizás la pregunta no sea si la Iglesia se ha vuelto feminista, sino si realmente se ha mantenido inmune a lo que las mujeres han pensado, dicho y vivido en las últimas décadas. ¿Y si, a pesar de las respuestas institucionales todavía cautelosas o negativas, algo ya ha cambiado en la experiencia concreta de los creyentes? Quizás las estructuras formales no hayan variado, pero sí la perspectiva de quienes viven y construyen la comunidad eclesial.

La Iglesia Católica, que se ha presentado a menudo como defensora de lo femenino, a la vez se resiste al pensamiento feminista y a las perspectivas de género. Pero femenino y feminista no son lo mismo. El primer término se refiere a lo que conoce como “la naturaleza” de las mujeres, a la diferencia sexual y a las expectativas sociales resultantes.

El segundo designa un movimiento histórico y cultural que, durante más de un siglo, ha buscado socavar un orden basado



en la jerarquía de género. Esta transformación ha sido desigual, adoptando diferentes formas en distintos contextos. Por eso, hoy hablamos de “feminismos”, en plural. El feminismo nació en Estados Unidos a finales del siglo XIX, al calor de la lucha por la igualdad y el derecho al voto. Sin embargo, parte de su genealogía también ha pasado por la tradición cristiana, en concreto, por el ámbito bíblico y teológico.

Autopercepción

La exégesis y la teología feministas han representado una de las vertientes más vitales de este proceso, desafiando estructuras que antes se consideraban intocables. Incluso en la Iglesia católica, aunque tardíamente en comparación con otras tradiciones cristianas, el acceso de las mujeres a los estudios y la enseñanza teológicos ha supuesto un cambio significativo. En el ámbito bíblico, la exégesis feminista

del siglo XX ha cuestionado una historia de interpretación construida casi exclusivamente por hombres, convirtiéndose en una fuerza activa en diversos contextos eclesiales y culturales. ¿Podría decirse que, gracias a las mujeres, la Iglesia ya ha cambiado, incluso sin reconocerlo oficialmente? Quizás no en sus estructuras formales, pero sí en su autopercepción. Más que un monolito compacto, se presenta hoy como un espacio cuajado de distintas tensiones, prácticas y experiencias. Un espacio en el que las mujeres no son simplemente “una cuestión”, sino sujetos teológicos porque tienen voz, interpretan las Escrituras, desarrollan su pensamiento y transforman comunidades.

El paso decisivo fue el Concilio Vaticano II. El reconocimiento del laicado, fundado en la igual dignidad de todas las personas bautizadas –incluidas, por lo tanto, las mujeres bautizadas–, tuvo un

El camino abierto

Las mujeres renuevan la Iglesia y la libertad de ser con la fe, la palabra y las prácticas comunitarias



impacto disruptivo en la conciencia de las mujeres, sacudida por las transformaciones sociales de la década de 1960. La agitación incluso contagió a grupos como el Consejo Nacional Americano de Mujeres Católicas (NCCW), que no era exactamente una organización feminista por aquel entonces. Al estudiar atentamente la evolución del acrónimo —que reúne a grupos laicos de todo el país—, la historiadora del Roanoke College, **Mary Hanold**, observó cómo sus cimientos se vieron sacudidos por los nuevos aires del Concilio. Sin cuestionar abiertamente los pilares del orden tradicional, sus exponentes comenzaron gradualmente a reflexionar sobre su lugar en Estados Unidos y en el mundo. Como escribió la secretaria **Margaret Mealey** en el documento que conmemora el quincuagésimo aniversario del NCCW: “Los documentos del Vaticano II nos enseñan que la identidad de la mujer no se limita

al rol de esposa y madre. Su persona debe desarrollarse plenamente para que pueda realizar la contribución única que estaba destinada a brindar”.

En América Latina, la recepción del Concilio se mezcló con un contexto marcado por profundas desigualdades sociales y una activa participación eclesial de base. Desde la década de los 70, muchas creyentes han comenzado a cuestionar su papel en la sociedad y la Iglesia, a partir de experiencias concretas, entre la fe y la autodeterminación en solitario. ¿Cómo podemos permanecer dentro sin cuestionar? El diálogo con el movimiento de mujeres del continente se desarrolló en las periferias urbanas y en zonas rurales abandonadas, donde mujeres laicas y religiosas, impulsadas por su opción por los pobres, se dedicaban a la pastoral y la formación bíblica. En México, las Hermanas del Servicio Social se distinguieron por

su defensa de los derechos humanos. El surgimiento del feminismo, especialmente en su crítica al patriarcado, generó temores incluso dentro de la congregación. Leonor Aída Concha fue la primera en abrir nuevos caminos, acercándose a las feministas del Centro de Información para el Desarrollo de América Latina en Cuernavaca y a su líder, **Betsie Hollants**. En esa transición, encontró su lugar en la historia, convirtiéndose en una figura simbólica del feminismo católico.

En 1979, fundó “Mujeres para el Diálogo” junto con la teóloga brasileña **Ivone Gebara**, monja agustina y feminista. Esta no fue una experiencia aislada. Las lecturas populares de las Escrituras, la catequesis itinerante y las misiones de alfabetización impulsaron un debate teológico original. En estos espacios, las mujeres realmente comenzaron a alzar la voz. Las distintas redes de académicas que han abordado y continúan abordando la discriminación de género, conectándola con una lectura descolonial de la realidad, fueron de las primeras en conjugar la reivindicación de los derechos de las mujeres con los de la Madre Tierra y los pueblos indígenas. Es el caso de Tepali, el Centro Brasileño de Estudios Bíblicos, y Abya Yala, la comunidad de teólogas indígenas liderada por **Sofía Chipana**.

Difícil diálogo

En otros contextos, el diálogo entre los movimientos de mujeres y la Iglesia ha sido más difícil. Incluso sin reivindicar abiertamente la etiqueta de “feministas”, las cuestiones planteadas han tenido su repercusión en las prácticas y el pensamiento eclesial. Más que una identidad que se reivindica o rechaza, el feminismo se presenta como una experiencia cotidiana en la forma en que ejercemos la autoridad, distribuimos la palabra, interpretamos textos y construimos relaciones. Una práctica capaz de transformarse incluso cuando no se menciona explícitamente. La cuestión crucial sigue siendo la del poder, las formas de autoridad y el gobierno eclesial. El problema no es solo el acceso al sacerdocio, sino el imaginario que lo sustenta: modelos masculinos internalizados, jerarquías que se dan por sentadas y métodos opacos de toma de decisiones. ¿Qué alternativas han concebido y experimentado las mujeres? ¿Es posible imaginar una autoridad basada en las relaciones y la responsabilidad compartida? ¿Y pueden permanecer impasibles quienes realmente escuchan estas propuestas?

→ En las últimas décadas, sin anuncios oficiales, se han multiplicado las experiencias que demuestran una creciente atención a las necesidades de las mujeres, especialmente a nivel de base. Nuevas formas de liderazgo y ministerio están comenzando a romper el techo de cristal de una institución que durante mucho tiempo se percibió como inmutable. El Sínodo sobre la Sinodalidad fue un paso fundamental en este camino. No solo porque dejó por escrito, en el documento final de 2024, que “no hay razones para impedir que las mujeres asuman roles de liderazgo en la Iglesia”; Ni porque otorgó el derecho a voto, por primera vez, a las 54 representantes femeninas presentes en el Aula del Sínodo. Todo el proceso, que duró tres años y se desarrolló a nivel nacional, continental y universal, involucró a una multitud de mujeres y hombres. El encuentro entre mundos, realidades y situaciones inició un camino de transformación mutua que aún continúa, cuyos frutos madurarán con el tiempo. El diálogo entre las Iglesias y el trabajo teológico de las mujeres contribuye precisamente a mantener vivo este diálogo.

Expectación

El nombramiento de **Sarah Mullally** como arzobispo de Canterbury, la máxima autoridad espiritual de la Iglesia Anglicana más cercana a Roma, ha suscitado reacciones encontradas como el rechazo, la perplejidad o el enfado y también expectativa. De igual manera, la conciencia de que existe un clero casado en las iglesias católicas de rito oriental introduce elementos de discontinuidad. Estos no producen cambios inmediatos, pero posibilitan diferentes formas de eclesialidad. Aunque persisten los problemas y las tensiones sobre la sexualidad, la bioética y la diferencia de género. Y, sin embargo, ¿es posible describir a la Iglesia como un bloque inmóvil? ¿O es más honesto reconocer que, influida por las demandas de las mujeres, ya ha comenzado a cambiar?

Entre una Iglesia heredada y una deseada, el pensamiento de las mujeres se presenta no como una profecía cumplida, sino como una pregunta abierta. No ofrece soluciones prefabricadas, sino que abre procesos. Quienes escuchan a las mujeres cambian, incluso cuando afirman no hacerlo. Quizás sea en esta brecha entre las declaraciones oficiales y las transformaciones reales donde se juega hoy la relación entre las mujeres y la Iglesia: no en un choque frontal, sino en un camino paciente y profundo.



Cristianas en movimiento

Derechos y emancipación impulsan la renovación eclesial

RAFFAELLA PERIN

En los últimos años, los estudios de historia religiosa han destacado el papel de la mujer en las comunidades religiosas y la participación directa o indirecta de las mujeres cristianas en movimientos de emancipación. El cristianismo ha influido en el rol asignado a la mujer en la sociedad occidental, proporcionando un modelo de feminidad tradicional (madre, esposa, ángel del hogar), y también ha constituido un espacio excepcional de libertad para las mujeres. Considérese, por ejemplo, la autonomía adquirida desde los primeros siglos del cristianismo al optar por la virginidad en lugar de un matrimonio concertado. Al repasar la historia de las mujeres cristianas que se han dedicado al empoderamiento femenino, es necesario distinguir entre las esferas protestante y católica, si bien la cuestión de la mujer en sí misma ha sido un motor para el diálogo ecuménico. Dentro del llamado protestantismo existen muchas iglesias y denominaciones, por lo que no es posible emitir una declaración unificada. Aunque la Reforma preveía el sacerdocio para todos los creyentes, incluso dentro de las Iglesias Reformadas, se reprodujo

un orden patriarcal que prohibía a las mujeres predicar. En el siglo XIX, dentro del universo protestante, algunas mujeres destacaron como participantes en movimientos emancipadores, como el movimiento abolicionista en Estados Unidos. **Sojourner Truth**, una exesclava que una vez liberada, predicó a favor de la abolición de la esclavitud y la emancipación de la mujer. Las cuáqueras estadounidenses **Sarah** y **Angelina Grimké** y **Lucretia Mott** trabajaron intensamente por la abolición de la esclavitud. En Inglaterra, la anglicana **Josephine Butler** trabajó para mejorar la vida de las prostitutas. Su activismo provenía de una sólida fe cristiana, y pronto se dio cuenta de que la esclavitud contra la que luchaba incluía la antigua subordinación de las mujeres a los hombres.

Sufragio femenino

En Estados Unidos, en 1869, **Elizabeth Cady Stanton** y **Susan B. Anthony** fundaron la National Woman's Suffrage Association (Asociación Nacional por el Sufragio Femenino), que priorizó la lucha por los derechos civiles de las mujeres. En 1895, un equipo de mujeres publicó *La Biblia de la Mujer*, que incluía todos los textos relativos a las mujeres en el texto sagrado. Desde principios del siglo XX, las iglesias



protestantes comenzaron a abrirse al ministerio pastoral femenino. A mediados de siglo, las principales denominaciones protestantes comenzaron a admitir mujeres en el ministerio pastoral.

Dentro del catolicismo italiano de los siglos XIX y XX, surgió un feminismo cristiano interesado en los aspectos políticos y sociales del asociacionismo femenino. La académica **Paola Gaiotti De Biase** ha hablado de un feminismo de servicio –recordando la labor caritativa fuera de los muros del convento de las congregaciones femeninas de principios del siglo XVI, como las Angélicas y las Ursulinas, interrumpida por la obligación de clausura impuesta por el Concilio de Trento–, en contraste con el feminismo secular, centrado en la reivindicación de derechos. Sin embargo, existían conexiones entre ambos mundos, el del movimiento emancipador de mujeres y el católico. La historiadora **Roberta Fossati** ha demostrado que en el siglo XX, existía en Italia un activismo femenino que anhelaba una renovación religiosa que condujera a una mejora de la situación de las mujeres en la vida civil. Entre “las modernistas” destacaron varias mujeres que, utilizando los medios a su alcance, mejoraron su posición dentro y fuera de la Iglesia, garantizando el respeto

y el reconocimiento de su dignidad. **Antonietta Giacomelli**, educadora, periodista y escritora italiana, además de terciaria de la Orden Franciscana, fundó, junto con la escritora protestante **Dora Melegari**, la Unión para el Bien, una asociación interconfesional abierta a todo aquel que deseara participar en encuentros culturales filantrópicos y descubrir una fe ecuménica. Para ellas, la dignidad de la mujer se defendía mediante el estudio y la vida intelectual. En su salón, Melegari recibía tanto a pensadores modernistas como a obispos. Giacomelli abogó por la educación sexual y la vida matrimonial.

La profesora **Adelaide Coari** colaboró con la revista *L'azione muliebri* considerada el primer órgano de prensa del feminismo católico milanés, y con la revista *Pensiero e Azione*. Ayudó a crear el grupo de Mujeres Demócratas Cristianas, inspirado en el pensamiento de **Romolo Murri**, sacerdote y político, uno de los fundadores del cristianismo democrático italiano. En la conferencia nacional de mujeres organizada en 1907, presentó el Programa Feminista Mínimo, un manifiesto de apoyo al sufragismo. **Valeria Paola Pignetti**, conocida como Sor **Maria di Campello**, acogía a las mujeres protestantes en su comunidad, creía en una Iglesia ecuménica y, en cierto modo, anticipó y preparó el punto de inflexión del Concilio Vaticano II.

Herejías antifeministas

La escritora **Elisa Salerno**, considerada la primera feminista católica italiana, abordó temas sociales como la mujer y el trabajo, el estudio y la maternidad en sus artículos y novelas. En su reflexión teológica, buscó socavar lo que ella llamó “herejías antifeministas” contenidas en el pensamiento de **Tomás de Aquino**. Buscó fomentar una relectura del texto sagrado que se purificara de la interpretación que los hombres habían dado a las figuras femeninas bíblicas. Salerno escribió: “Soy fiel en todo a la religión católica, excepto por el antifeminismo” que, en su opinión, permeaba la interpretación de las Escrituras. Salerno sostenía que **Jesús** también habló a las mujeres y que la Biblia había sido instrumentalizada para definir roles y categorías con fines políticos.

En las primeras décadas del siglo XX, se fundó en Londres la Sociedad Católica por el Sufragio Femenino para sumarse a las organizaciones que ya luchaban por el sufragio femenino. Las mujeres que fundaron esta sociedad entre 1910 y 1911 eligieron a **Juana de Arco** como su patrona,

y en 1991 la asociación se convirtió en la Alianza Internacional de Santa Juana, que aún existe. **Marie Lenoël**, en la inauguración de la sección francesa, afirmó que “se puede ser feminista porque se es católica”. Esta asociación fue importante porque luchó por los derechos civiles y políticos de las mujeres, y a partir de 1950, también por un papel más activo de las mujeres en la Iglesia. Las ramas femeninas de Acción Católica fomentaron una gran participación de las mujeres en los movimientos. Tras la Segunda Guerra Mundial, **Armida Barelli** continuó su misión de “hermana mayor” invitando a las mujeres a unirse a asociaciones profesionales, sindicales y políticas. Comenzó una nueva era para el liderazgo femenino católico. La prensa vinculada al movimiento católico promovió una campaña para convencer a las mujeres de votar por primera vez en Italia en 1946. En 1945, se fundó una asociación de mujeres católicas laicas, el Centro Italiano Femminile, con el objetivo de promover la protección de los derechos de las mujeres en los campos jurídico, laboral y asistencial, basándose en la doctrina social de la Iglesia, y preparar a las mujeres para el ejercicio de los derechos civiles y políticos.

Las instituciones culturales católicas tuvieron un papel central en la formación de las élites femeninas. De las veintiuna mujeres elegidas para la Asamblea Constituyente (nueve del bando comunista, nueve del bando demócrata cristiano, dos del bando socialista y una militante sin afiliación), ocho tenían títulos universitarios, siete de ellas católicas y una del bando comunista, **Nilde Jotti**, licenciada en Letras por la Universidad Católica. En el mundo académico, un bastión masculino, las mujeres continuaron ocupando puestos secundarios y temporales durante mucho tiempo, pero dejaron huella en ellos. En 1964 se admitió a mujeres en un Concilio Ecuménico. Hubo 23 mujeres en el Vaticano II. Según **Adriana Valerio**, la importancia del Concilio para las mujeres reside en la nueva metodología de escucha y diálogo que reconoció la dignidad de toda persona humana y la responsabilidad y participación en la Iglesia de los bautizados, independientemente de su género.

En la década de 1970, nació la teología feminista, de la cual **Rosemary Ruether**, **Mary Daly** y **Elisabeth Schüssler Fiorenza** fueron figuras clave. El acceso de las mujeres a las facultades teológicas, otorgado por **Pablo VI**, representó una oportunidad para plantear nuevos interrogantes para la institución y la sociedad.

Ora et labora 4.0

De cocinar en televisión a apoyar a mujeres víctimas de violencia: la red del monasterio benedictino de Bastia Umbra

VITTORIA PRISCIANDARO

Hoy se ha lanzado una emergencia desde el banco de alimentos. Por eso, un equipo ya ha tomado posesión de la cocina junto a la chimenea de leña humeante. Los botes para las conservas están preparadas, la salsa de tomate se cuece a fuego lento en distintas ollas, y los champiñones y los rábanos se están limpiando en la mesa de mármol. Cajas de naranjas, tomates y otros productos esperan para ser empaquetados. Se utilizarán para el monasterio y para las comidas calientes que se distribuyen a la hora del almuerzo a las personas sin hogar de la zona. La hermana **Myriam D'Agostino**, maestra de novicias de 41 años, napolitana y licenciada en filosofía, carga dos palés de comida en la camioneta y los traslada al claustro. Alrededor de las cuatro, después de la sexta hora, el almuerzo y la oración de nona, las monjas se vuelven a congregarse en la cocina. Se les unen algunas huéspedes como **Alessandra**, quien está terminando sus estudios y reside en el monasterio. Al mismo tiempo, desde una entrada lateral, la hermana **Maria Eletta** y la hermana **Rémy** ya están distribuyendo los paquetes de alimentos a las familias necesitadas del pueblo. Este servicio se gestiona en colaboración con el Banco de Alimentos, Cáritas y una gran cadena de supermercados.

El Monasterio de Santa Ana en Bastia Umbra se encuentra en el corazón del pueblo. Esta comunidad fue fundada en el año 1000 y su continuidad nunca se ha interrumpido. En su primera sede en San Paolo delle Abbadesse, se llegó a alojar Santa Clara. **Francisco** se la confió a las monjas benedictinas para que la formaran en la vida monástica. El monasterio actual data de 1602 y es una antigua fortaleza. Todos los habitantes de Bastia de entre cincuenta y sesenta años pasaron por el jardín de infancia de las monjas benedictinas hasta que se estableció la escuela municipal y las aulas se convirtieron en las actuales instalaciones asistenciales donde

brindan acogida a los pobres, jornadas para jóvenes, oportunidades de intercambio cultural... A todo ello se añade su participación en el programa de televisión "La cucina delle monache" (La cocina de las monjas) en el canal gastronómico (Food Network, Canal 33). A pesar de cómo se percibe la vida en clausura en el imaginario colectivo –velos negros tras las rejas–, esta es una comunidad que podríamos llamar



4.0 y firmemente arraigada en la tradición. "Nuestra vida en clausura refleja el carisma monástico benedictino, que exige apertura a los huéspedes y acogida a los pobres y al forastero". La Madre **Noemi Scarpa**, de 48 años y originaria de Venecia, lidera a estas 20 hermanas, cuyas edades van desde los 29 años de la hermana **Valentina** hasta los 93 de la hermana **Scolastica**.

Garantía de la clausura

Desde el Concilio Vaticano II, muchas cosas han cambiado, también en los monasterios de clausura. Quienes lo han deseado, desde su carisma, han abierto las rejas y replanteado su presencia en la Iglesia y en el mundo. "Para nosotras, la clausura significa sobre todo salvaguardar la intimidad, el silencio y la oración; significa crear un lugar propicio para la búsqueda de Dios. También lo veo como una protección contra la invasión de la mentalidad mundana. Pero esto no excluye



la apertura a los demás; eso sería una disociación, una evasión de la realidad", dice la Madre Noemí, que tiene experiencia como *scout* y fue jugadora profesional de baloncesto en la liga A2. "Cuando entré en el monasterio en 1998, hacía bolitas de papel e intentaba encestar con lo que



encontraba”, bromea. Fue asignada a las tareas agrícolas. “He puesto toda mi energía aquí en el huerto, entre los olivos y la poda”, cuenta mientras se dispone a conducir el tractor. Es una mujer que ha viajado y conoce la realidad de la Iglesia y del mundo (el Dicasterio para los religiosos

le encargó que actuara como comisaria para una comunidad en dificultades en Tor Tre Specchi, Roma). A lo largo de los años, las monjas benedictinas de Bastia han creado una comunidad en Filipinas y grupos de monjas en la provincia de Arezzo, en Monte San Savino, Asís y Montecassino.

El monasterio colabora con distintas organizaciones locales y, por ejemplo, durante años, albergó un centro de violencia contra las mujeres. Allí vivió una joven musulmana norteafricana, que había escapado de la violencia doméstica. Estaba embarazada y su bebé nació mientras estaba el monasterio. En ese tiempo pudo aprender italiano para forjarse un futuro. Hoy trabaja como cuidadora y, según la hermana Myriam, de vez en cuando visita a las monjas con su bebé.

En Sant’Anna, el carisma se cultiva destacando los talentos de las mujeres que han elegido la vida de clausura. No se les pide que abandonen sus habilidades y estudios,

sino que los profundicen. “Durante siglos, las monjas prácticamente solo bordaban, pero en la Regla, san **Benito** pide que ‘cada uno desarrolle su arte’. Se trata de encarnar estas palabras hoy. La clave es no caer en el orgullo y prestar todo el servicio posible, no solo para el crecimiento personal, sino también para el bien común de los demás”, explica la Madre Noemi. Esta es la historia, por ejemplo, de la hermana **Eleonora Merlo**, de 32 años, de Treviso. “Entré en el convento a los 23. Tenía una licenciatura en psicología clínica comunitaria y estaba terminando mi maestría. Cuando descubrí esta comunidad, sentí cierta apertura, pero no contaba con continuar mis estudios, y mucho menos con esta profesión. Estaba muy feliz de dejarlo todo atrás”. Acordó con la madre terminar sus estudios, realizar una pasantía profesional, presentarse al examen estatal y luego ingresar a la escuela de psicoterapia.

Profesionalizadas

Lo mismo le ocurrió a la hermana **Valentina Conti**, licenciada en enfermería de 29 años. En Sant’Anna, todas las monjas reciben formación humana y psicológica, además de educación espiritual y teológica. Tres, incluida la abadesa, han profesionalizado el acompañamiento con estudios específicos. La hermana Merlo también ejerce en privado. Algunos de sus pacientes la contactaron después de verla en televisión. De hecho, es una de las cuatro protagonistas del *reality*. En el convento no se ve la televisión. Las monjas graban el programa, pero nunca lo han visto. “Y esto nos permite ser muy espontáneas”, explica la hermana **Myriam**, quien, junto con **Eleonora**, prepara platos típicos de sus regiones durante la emisión de media hora. Se alternan con la Madre Abadesa y la hermana **Débora Chinaglia**, de 42 años, quien presenta las antiguas recetas del monasterio. “Cocinar es una herramienta para unir a la gente. Nos consideran familia, independientemente del contenido del programa. Incluso nos escriben desde hospitales, residencias de ancianos y la cárcel”. Y de las recetas, pasan a los encuentros.

Cuatro puertas dan a la Via Garibaldi, una de las calles que flanquean el perímetro del monasterio. La primera es el “Centro Multiusos de las Monjas”, donde se celebran las reuniones. Las paredes son de colores claros, hay una larga mesa de madera, una pizarra, volúmenes de los *Treccani*, un crucifijo y una reproducción del árbol de la vida. Al lado está el “Estudio

de Arte”, seguido del “Taller de las Monjas” sembrado de pinceles, pinturas, pizarras con iconos y batas de trabajo. Y luego, en la sastrería, los protagonistas son los carretes de hilo, las telas de colores, los damascos clasificados por grosor y uso, las cajas de encaje, las anillas para cortinas y las bolsitas de regalo. Hay juguetes, tocados de indios y dinosaurios, crayones y pinturas no tóxicas. “Sí, esta es la zona de la hermana **Giuseppina Mang**, de 59 años, originaria de Múnich. Es artista, pinta iconos y cose, pero también se desenvuelve muy bien con los niños que vienen a visitarnos”, dice la hermana Debora. A ella, en cambio, le encanta reflexionar sobre los espacios, despojándolos en lugar de saturarlos. “Siempre me ha atraído la belleza. Veo un espacio e imagino sus múltiples facetas y su potencial de evolución, en relación con quienes lo habitarán. Y esta búsqueda continúa, incluso hoy, aquí en el monasterio, en mi relación con Dios, con la gente que conozco y en mi trabajo”.

La hermana Debora es arquitecta. Y junto con la hermana **Laura Masiero**, de 49 años, autónoma, ejercen su profesión en esta sala. El “Estudio de Diseño y Arquitectura de las Monjas” está equipado con mesas de dibujo, plotters y libros de arquitectura. Debora se graduó en Venecia, trabajó cinco o seis años en Italia, Valencia y Australia, y obtuvo una maestría de su arquitecto favorito, **Glenn Murcutt**. “Su lema es ‘nunca desfigurar la tierra’, y sus obras están en profunda sintonía con la naturaleza. Se inspira en la cultura aborigen”. Al igual que otras jóvenes que han elegido la vida en clausura, ha tenido novios y amigos. Su búsqueda de algo más la llevó a pasar un año como misionera en el noroeste de China, donde diseñó



una iglesia. Luego llegó a Bastia. “Buscaba silencio, así que me reservé una semana. Me quedé y ahora soy monja y arquitecta”. Además de sus espacios en la calle, la comunidad también se adentra en el mundo virtual. “Tenemos un sitio web, administrado por una de nuestras hermanas, **Jana Durisova**, de 47 años, de Eslovaquia, que es programadora. Tenemos presencia en redes sociales como monasterio, no con perfiles personales. Solo respondemos en ciertos horarios. Es una forma de mantenernos en contacto con las personas que seguimos o con quienes nos conocieron a través del programa de cocina, pero desean una atención más personalizada”, explica la hermana Myriam.

Virgen de Lourdes

En el claustro, con vistas a la antigua biblioteca de 50.000 volúmenes y a la puerta del claustro, vigila una estatua de Nuestra Señora de Lourdes entre rosas y buganvillas.

En un rincón hay una pequeña casa para las tortugas que ahora están hibernando. Estos son los dominios de Sor **Cristina**, de 79 años y originaria de los Abruzzos. Está llena de energía y determinación. Ella afirma que “se puede hablar con las plantas y hay que amarlas porque ellas responden”. No utiliza pesticidas, solo una potente mezcla de ajo viejo que deja macerar en un cubo, junto con naranjas y otras frutas en mal estado. En Asís, en la “Bottega delle monache” de Borgo San Pietro, las monjas venden sus productos. Estos también se pueden comprar en el monasterio. Se exponen en la entrada principal, en vitrinas antiguas. Quienes deseen rezar con las monjas durante el día pueden visitar la iglesia, que da a la plaza. Después, es difícil resistir la tentación de pasar por la portería para degustar los productos monásticos con nombres como “Tranquilidad antigua”, la primera cerveza monástica italiana elaborada por mujeres; “Néctar austero”, que es miel; las galletas “Sobriedad fornácea”; las mermeladas “Pulpa encantadora”; y los originales caquis verdes en aceite y chocolate llamados “Energía irresistible en clausura”.

Estas mujeres imparables con velo, trabajan y no temen organizar encuentros con organizaciones laicas sobre la condición de la mujer, con títulos tan provocadores como “Del burka al tanga”. “¿Feminismo? Antes de entrar al convento, la palabra no me decía nada. Hoy la asocio con **Michela Murgia**; soy una ávida lectora suya”, responde la hermana Eleonora que sentencia: “No me gusta convertirlo en una ideología, pero sé que es una necesidad. Para mí, significa que las mujeres deben tener la oportunidad de descubrir quiénes son y expresarlo”.



Patrizia Palumbo: “La lucha nunca termina”

Desde ‘Equipo de ensueño: Mujeres en la red’ trabaja para superar la imagen de una región marcada por la Camorra

ALESSANDRA COMAZZI

El relato sobre ciertos lugares a menudo termina definiendo a quienes los habitan. Así, en los suburbios, el estigma social se convierte en la prisión de los sueños. **Patrizia Palumbo**, presidenta de la asociación Equipo de ensueño: Mujeres en la red, lo sabe bien. En Scampia, un barrio en la periferia norte de Nápoles, trabaja para superar la imagen de una zona marcada por la Camorra con proyectos de autonomía dirigidos principalmente a las mujeres.

¿Qué ha cambiado en tus cuarenta años de activismo social?

La perspectiva sobre los derechos. Cuando empecé, la vivienda era la prioridad porque muchas familias vivían en viviendas precarias, edificadas tras el terremoto, y faltaban servicios de salud, escuelas y transporte. Fueron principalmente mujeres quienes lideraron las primeras luchas para obtener estos derechos. Con el tiempo, también surgió un deseo más profundo de redención y dignidad.

¿Una historia emblemática de esta búsqueda de dignidad?

La de **Antonio Landieri**, asesinado en un tiroteo en 2004. Fue acusado de ser traficante de drogas, e incluso le negaron un funeral a su madre. Después de doce años, la justicia lo reconoció como una víctima inocente. Aquí, los prejuicios se combaten incluso después de la muerte. **¿Con qué sueñan las adolescentes, más allá de los prejuicios?**

Muchas antes veían como única esperanza irse de casa pronto, a veces embaazadas de otros jóvenes que no pocas veces terminaban en prisión. Hoy, sin embargo, cada vez más adolescentes piensan en estudiar y trabajar, y trabajamos para apoyarlas en este camino. El fútbol ha sido una herramienta poderosa. Contamos con un equipo femenino, formado por niñas de entre 10 y 15 años, con el apoyo de educadores, psicólogos y la participación de sus familias.

Profesionalizadas

¿Cómo les apoyan las instituciones?

Para ser lo más diplomática posible, sería mejor que explicara cómo podrían apoyarnos. Creamos el primer centro antiviolenencia de la zona. Antes, las mujeres



sufrían la violencia porque no veían otra alternativa o porque estaban más centradas en alimentar a sus hijos. Ahora cuentan con nosotras que las apoyamos psicológicamente, legalmente y también mediante cursos de desarrollo profesional. Pero eso no es suficiente. Necesitamos empleos, guarderías y una mayor inversión en políticas de bienestar y de género.

¿Por qué se quedó usted en los suburbios?

Porque aquí existe una red de solidaridad difícil de encontrar en otros lugares. La lucha nunca termina, pero también es una vida colectiva intensa y plena que solo los suburbios pueden generar.

Irmã Dulce: la pequeña gigante de Bahía

ALESSANDRA COMAZZI

El Día Internacional de la Mujer también conmemora el aniversario de la muerte de **Irmã Dulce**, fallecida el 13 de marzo de 1992. Su vida habla de la fuerza concreta y silenciosa de una mujer que transformó su fe en gestos cotidianos, convirtiéndose en un referente para miles de pobres y enfermos en Brasil.

Nacida en Salvador de Bahía en 1914 como **Maria Rita de Souza Brito Lopes Pontes**, ingresó muy joven en la Congregación de las Hermanas Misioneras de la Inmaculada Concepción de la Madre de Dios, adoptando el nombre de Hermana Dulce en homenaje a su madre. Con 1,47 metros de altura, su diminuta figura contrastaba con la grandiosidad de la obra que realizaría. Su frágil complexión hacía asombrosa su incansable determinación.

En la Bahía del siglo XX, marcada por una profunda desigualdad, comenzó por acoger a enfermos y personas sin hogar en espacios improvisados, llegando a alojarlos en un gallinero cuando no encontraba otros sitios disponibles. De esa iniciativa nacerían las Obras Sociales de la Hermana Dulce, hoy uno de los más importantes grupos filantrópicos de Brasil. Llamó a la puerta de empresarios, autoridades civiles y políticos, con una tenacidad inusitada, pidiendo ayuda para quienes no tenían voz. Su estatura nunca le impidió afirmarse con una fuerza moral capaz de convencer a los interlocutores más escépticos.



El Papa **Francisco** la proclamó santa el 13 de octubre de 2019. Para muchos, ya era desde hace tiempo “la santa de los pobres”, apodada así por la total dedicación hacia ellos hasta su muerte a los 77 años.

Su historia fue plasmada en una película de 2014, dirigida por **Vicente Amorim**. Narra la vida de Dulce desde sus veinte años. Muestra cómo la monja enfrentó una grave enfermedad respiratoria, el machismo, la indiferencia política e incluso obstáculos dentro de la Iglesia para dedicar su vida al cuidado de los pobres, dejando un legado que perdura hasta nuestros días. La historia de la Hermana Dulce, nominada al Premio Nobel de la Paz en 1988 con el apoyo del presidente brasileño **José Sarney** y la reina **Silvia de Suecia**, demuestra que no se necesitan grandes logros, sino la valentía de traducir los ideales en gestos concretos de amor por los pobres cada día.

Liturgia en femenino

ELENA MASSIMI

La batuta ministerial es todavía hoy asignatura pendiente

Desde hace varios años, se observa una presencia cada vez menor de mujeres, especialmente en las celebraciones litúrgicas. Este fenómeno ya fue señalado por **Armando Matteo** en 2012 en su libro *La huida de las mujeres de cuarenta años: La difícil relación de las mujeres con la Iglesia*. Esto podría ser un indicio de cierta insatisfacción con la liturgia, en concreto con la misa dominical; insatisfacción que, en algunos contextos, incluso lleva a pedir liturgias que destaquen más explícitamente el elemento femenino. Mencionaré alguna aclaración: varias comunidades parroquiales tienen coros litúrgicos dirigidos por mujeres. ¿Hay alguna diferencia en cómo se interpretan las canciones según si el director es hombre o mujer?

La canción debe interpretarse según su naturaleza, como se indica en la partitura. El director puede ofrecer una interpretación particular, pero siempre dentro de las indicaciones del compositor de la canción. Por ejemplo, no hay diferencia si una pieza de **Giovanni Pierluigi da Palestrina** es dirigida por una mujer o un hombre...

Intentemos ver la cuestión desde una doble perspectiva: la contribución de las mujeres a la liturgia y el reconocimiento por parte de la liturgia de las mujeres. Estos aspectos aún están en desarrollo. Conviene hacer una breve premisa y es que, para comprender la contribución de las mujeres a la liturgia, debemos recordar que en 1.874 se les permitió asistir a escuelas secundarias y universidades. En 1900, en Italia, 250 mujeres estaban matriculadas en universidades, 287 en escuelas secundarias, 267 en escuelas superiores de magisterio, 1.178 en academias y casi 10.000 en escuelas profesionales y comerciales. Catorce años después, el número de mujeres matriculadas en escuelas secundarias era de aproximadamente 100.000.

Contribución al siglo XX

Cuando hablamos de estudios en el ámbito litúrgico, solemos limitarlos solo a hombres, principalmente sacerdotes. En realidad, ya a principios del siglo XX, **Antonietta Giacomelli** (1857-1949) fue autora de una trilogía, *Adveniat Regnum Tuum*, que incluía *La Misa* (1904), *El*

Ritual Cristiano (1905) y *El Año Cristiano* (1906), para orientar a los católicos hacia la participación activa en la celebración eucarística. La autora repasaba el año litúrgico, lamentando cómo se dejaba a los fieles en la ignorancia. Deseaba el uso de la lengua viva en la celebración eucarística. Naturalmente, al estar muy adelantada a su tiempo, el entonces obispo de Treviso, **Andrea Giacinto Longhin**, la definió como una “pobre fanática”.

Poco conocida, pero incalculable, fue la contribución de **Maria Montessori**, quien, en la Conferencia Litúrgica Internacional de Montserrat en 1915, destacó en su reflexión cómo “la liturgia habla al alma y a los sentidos de los niños y, a través de los sentidos, alcanza el mundo de los sentimientos y los prepara para acoger con éxito las enseñanzas de la Iglesia”.

Sentaba así las bases de la educación religiosa infantil y, en Barcelona, se anticipó por primera vez al concepto de una “iglesia para niños”. En 1922 publicó el libro *Los niños que viven en la Iglesia* y, en 1932, *La Santa Misa explicada a los niños*. Comparada con las reflexiones de los teólogos varones, la contribución de las mujeres antes del

Vaticano II fue mínima; sin embargo, resultó pionera e importante porque abrió el camino a la reflexión teológica litúrgica para las mujeres de hoy.

Música y ministerialidad

Aunque su contribución fuera “mínima”, algunas mujeres lograron enriquecer la liturgia con sus composiciones. Pensemos, por ejemplo, en **Hildegarda de Bingen** (1098-1179), quien compuso Antifonas, Himnos, Responsorios y otros cantos sagrados, o incluso en las *putte* de la Venecia del siglo XVIII, que actuaban en las iglesias de los hospitales todos los sábados, domingos y días festivos, acompañando las celebraciones litúrgicas.

Jean-Jacques Rousseau (1712-1778), durante su estancia en Venecia, escribió: “Todos los domingos, en las iglesias de cada una de estas cuatro escuelas, se interpretan motetes durante las vísperas con coro completo y gran orquesta, compuestos y dirigidos por los maestros más eminentes de Italia, interpretados en galerías ocultas por rejas exclusivamente por mujeres jóvenes, la mayor de las cuales aún no ha cumplido los veinte años. No conozco nada



tan voluptuoso, tan conmovedor como esa música: la riqueza del arte, el gusto exquisito de las canciones, la belleza de las voces, la precisión de la ejecución, todo en esos deliciosos conciertos conspira para despertar una impresión que no está en armonía con la santidad del lugar, pero de la que dudo que ningún corazón humano sea inmune” (*Las Confesiones*).

La contribución de las mujeres en este ámbito apenas ahora se valora, pero consideremos cuánto progreso se ha logrado en nuestras iglesias cuando, en 1903, San Pío X, en el *motu proprio Tra le sollecitudini*, escribía: “Del mismo principio se desprende que los cantores tienen un verdadero oficio litúrgico en la iglesia y que, sin embargo, las mujeres, al no poder ejercer este oficio, no pueden ser admitidas en el coro ni en la capilla musical. Por lo tanto, si se utilizan las voces agudas de sopranos y contraltos, estas deben ser apoyadas por niños, según la antigua costumbre de la Iglesia”.

La apertura del lectorado y acólito a las mujeres se trató en distintos contextos a partir del *motu proprio Spiritus Domini* del Papa Francisco (2021), pero quizás pocos sepan que, en 1984, en una conferencia internacional celebrada en Roma, en la que participaron todos los presidentes y secretarios de las Comisiones Litúrgicas nacionales, varias intervenciones ya abogaban por la posibilidad de abrir los ministerios establecidos a las mujeres. Se reconocía la competencia de las mujeres

en este ámbito algunos casos. Así, la Conferencia Episcopal Regional Corea-China indicaba que “si bien los laicos colaboran en la liturgia, se prefiere a las religiosas y el pueblo sigue prefiriendo al sacerdote. Se observa sin embargo que, en los cargos de lector, director de coro y líder de la liturgia de la palabra, las mujeres tienen un mejor desempeño que los hombres”.

Reconocimiento

Para comprender los pasos dados en la liturgia hacia una mayor atención a las mujeres, conviene considerar que, si bien es cierto que “solo” cuatro mujeres son Doctoras de la Iglesia, también lo es que todas fueron proclamadas después del Concilio Vaticano II. En 1970, Pablo VI otorgó el título de Doctora a Santa Catalina de Siena y Santa Teresa de Ávila; en 1997, Juan Pablo II otorgó el mismo título a Santa Teresita del Niño Jesús y de la Santa Faz. El 7 de octubre de 2012, el Papa Benedicto XVI proclamó a Santa Hildegarda de Bingen Doctora de la Iglesia.

Por ello, la edición de 2020 del Misal Romano en italiano incluye dos prefacios que también nombran a las Doctoras. Además, en el mismo libro litúrgico, el Confiteor se utiliza un lenguaje más inclusivo: “Confieso ante Dios todopoderoso y ante vosotros, hermanos y hermanas”. Si consideramos, pues, no solo el lugar que ocupa la celebración de las santas, sino también la de la Virgen María en la liturgia, podemos ver cómo la Iglesia ofrece multitud de formularios (quizás incluso demasiados). Por ejemplo, existe un Misal de la Santísima Virgen María, con su correspondiente Leccionario, que contiene 46 formularios dedicados a la Santísima Virgen María. Sin olvidar que siete santas se mencionan en el Canon Romano.

Conclusiones

Es innegable que se han logrado avances significativos en los últimos años. Entonces, ¿a qué se debe la insatisfacción? En primer lugar, hay que reconocer que no solo muchas mujeres tienen dificultades con la liturgia, sino también una buena parte del pueblo de Dios. Y también es necesario considerar cómo la liturgia manifiesta a la Iglesia y, por lo tanto, también a una Iglesia que se esfuerza por integrar la contribución femenina. Por lo tanto, la insatisfacción no se debe tanto a la liturgia, sino a una Iglesia que, a pesar de los importantes avances logrados, todavía le cuesta, al igual que a la sociedad, reconocer el don que representan las mujeres.

Una Iglesia con voz plena

RAFAEL LUCIANI

El camino sinodal que la Iglesia sigue hoy refleja una verdad olvidada: la identidad eclesial no reside en la jerarquía, sino en la condición de Pueblo de Dios, una entidad comunitaria e histórica, de acuerdo con el Documento Final del Sínodo. En este modelo, hombres y mujeres comparten la misma dignidad bautismal, sin distinción, pero encuentra serias resistencias para ser plenamente aceptado. El papa Francisco en *Praedicate Evangelium* ha permitido a personas no ordenadas asumir roles de liderazgo con funciones deliberativas. Pero seguimos operando según la lógica del “delegar”. El paso profético que exige la realidad actual es avanzar hacia reformas en las que el ejercicio del poder sea dignidad bautismal, que es la base para discutir modelos de cogobierno y de toma de decisiones compartida. No basta con hablar de las mujeres como si fueran tema de debate. La sinodalidad exige que escuchemos sus palabras y abracemos su experiencia como sujetos sin los cuales no hay vida eclesial. Se trata de desarrollar la eclesiología que el Concilio nos legó. La cuestión más crucial hoy no es su visibilidad en los altos cargos eclesiales, sino el liderazgo real que puedan tener y ejercer en los procesos que deciden la vida y la misión de la Iglesia, especialmente en el gobierno de las Iglesias locales. En ciertos ámbitos pastorales se han logrado avances como el reconocimiento de los ministerios de lector, acólito y catequista, así como en algunos puestos de gobierno en la Curia Vaticana. Pero la división persiste cuando no se les permite ejercer un liderazgo auténtico en áreas de planificación, coordinación y toma de decisiones. Nombres como Beate Gilles, Simona Brambilla o Nathalie Becquart demuestran que la autoridad puede y debe ser compartida. Estos casos son la excepción que confirma la regla. Este techo de cristal limita la responsabilidad compartida e impide el surgimiento de un verdadero “nosotros eclesial”. Cuando las mujeres participan con voz y voto en la vida eclesial, cambia la forma en que se entiende y ejerce la autoridad. Una Iglesia que reconoce la igualdad de sus hijos e hijas es una Iglesia mucho más creíble en el anuncio del Evangelio.



El Evangelio más allá del patriarcado

La teología feminista ejerce como práctica de transformación

SIMONA SEGOLONI RUTA

El feminismo es una práctica transformadora. No es una mera elaboración teórica, sino una postura dentro de la realidad, y esa postura es la firme convicción de que las mujeres deben tener las mismas oportunidades vitales que los hombres. Al analizar la validez de las prácticas sociales, los valores o los productos culturales, los feminismos siempre se preguntan si lo que observamos es capaz de brindar a las mujeres las mismas oportunidades vitales que a los hombres, o si perpetúa la situación actual en la que nacer mujer es una desventaja en todos los aspectos y en todos los rincones del planeta. El análisis feminista se vincula, por lo tanto, a una práctica de transformación, a acciones personales, colectivas y políticas concretas que buscan que las relaciones sociales y las culturas sean igualitarias e inclusivas. Ahora bien, si la premisa es que es injusto que las mujeres no tengan las mismas oportunidades vitales que los hombres, el enemigo que debemos de-

rotar para acabar con esto es un sistema sociocultural silencioso y anónimo que llamamos patriarcado. Esto se refiere a un sistema de valores y prácticas que considera normal que los hombres tengan mayor acceso a todo tipo de bienes precisamente por ser hombres.

Prácticas contaminadas

Todo esto no es ajeno a la teología ni a la tradición eclesial, pues estas se sitúan histórica y culturalmente en el sistema patriarcal que ha contaminado las prácticas, las palabras y los ritos eclesiales. El problema para la Iglesia es que el Evangelio no es patriarcal y promete plenitud de vida para mujeres y hombres sin ofrecer criterios de discriminación ni diferencias de roles para creyentes y creyentes. Las interpretaciones patriarcales del Evangelio que discriminan a las mujeres y limitan su acceso a la vida y la práctica eclesiales deben considerarse ilegítimas, contrarias al propio Evangelio.

Este es el núcleo de la teología feminista, que ya cuenta con 60 años de publicaciones académicas sobre todos los aspectos



de la fe cristiana. Y de aquí se deriva una predicación que pretende transformar las instituciones eclesiales y todo lo relacionado con ellas, al igual que el feminismo, sin más, pretende transformar las sociedades y las culturas. El problema es que, si bien la predicación basada en la reflexión feminista crítica suele ser recibida con entusiasmo por las iglesias, no faltan quienes consideran que este tipo de reflexión teológica es contraria al Evangelio o a los (totalmente presuntos) valores cristianos. Esto se debe a que muchos creyentes no se preguntan para nada por las condiciones de las mujeres, y bastantes creen que la situación anterior a los logros feministas era mucho mejor para la sociedad y para

Madres incómodas



TERESIA MBARI HINGA,
teología y libertad

Un teólogo debe ser incansable en la búsqueda de la justicia ecológica para todos: así describió **Teresia Mbari Hinga**

(1955-2023) su teología que no se limita a interpretar las Escrituras, sino que las pone en diálogo con las injusticias sociales y culturales de nuestro tiempo. Nacida en Kenia y docente en Estados Unidos, Hinga se convirtió en una figura destacada de la teología feminista africana y global, reconocida por combinar la fe, la memoria cultural y la liberación. Su investigación se centró en la historia de las mujeres africanas y las estructuras eclesiales y culturales que marginaron sus voces, proponiendo un enfoque teológico que recupera la riqueza de las tradiciones africanas y desafía las distorsiones coloniales.

Una de las fundadoras del Circle of Concerned African

Women Theologians, con obras como *Africana, Cristiana, Feminista: La Búsqueda Perdurable de lo que Importa*-2017, Hinga exploró historias olvidadas, como la de **Kimpa Vita** en el Congo del siglo XVIII, para desafiar las narrativas teológicas dominadas por el colonialismo y restituir la dignidad de las experiencias de las mujeres africanas.

Su teología no se limitó a la mera crítica: abordó temas concretos como el sida en África en colaboración con otros académicos, conectando la ética, la salud pública y la dignidad humana. El legado de Hinga continúa desafiando al mundo académico y a las iglesias; una teología que escucha las voces marginadas, reconoce la complejidad de las identidades e imagina comunidades más inclusivas y justas.

ROSEMARY RUETHER, más allá del poder masculino

La teología feminista no es un añadido a la teología tradicional, sino una transformación, según **Rosemary Radford Ruether** (1936-2022), teóloga estadounidense, católica y activista académica y una figura incisiva del feminismo teológico del siglo XX. Reclamó un mayor espacio para las mujeres en la





las propias mujeres. No pueden decirlo así, así que se esconden tras perífrasis mistificadoras como: la igualdad no debe hacernos perder la riqueza de la diferencia (traducción: la igual dignidad no está en discusión, pero ganar menos o no tener voz y voto en la iglesia es la diferencia específica); está bien luchar contra la injusticia, pero no hay que caer en la autoafirmación (traducción: también puedes decir que sufres discriminación, pero no debes pretender cambiar el sistema porque de lo contrario los que actualmente se benefician perderán sus privilegios)... Otro argumento popular para desacreditar las reinterpretaciones feministas, sin poder cuestionar sus méritos ni la solidez de sus

propuestas, ni negar su poder liberador y vivificante para muchos, es invocar la naturaleza. Existe una diferencia natural entre hombres y mujeres, querida por Dios, y esta diferencia natural se traduce espontánea y pacíficamente en diferentes roles u oportunidades ligadas al hecho de nacer hombre y mujer.

Dios no las creó así

La resistencia surge de la falta de deseo de cambiar un sistema de relaciones que considera a los hombres como privilegiados y responsables de la vida de las iglesias sin necesidad de la contribución de las mujeres, independientemente de sus carismas y formación. La situación recuerda a los movimientos contra la esclavitud de las personas negras donde quienes buscaban “innovar” eran vistos como si subvirtieran el orden natural que proviene de Dios. Muchos consideraban que las personas negras eran esclavas por naturaleza, es decir, por la voluntad de Dios que las creó así. Aún se argumenta que las mujeres deberían estar confinadas a roles “específicos” y espacios “apropiados” por naturaleza, es decir, porque Dios las creó así. El problema para las iglesias es que este argumento no se sostiene en ningún caso, ni racional ni evangélicamente.

Cuando las teólogas feministas proponen sus interpretaciones, muchas personas sienten que se desvanece el peso que pesaba sobre sus hombros y que ni siquiera

sabían que tenían, mientras que otras se molestan. Quienes ostentan el poder no tienen ningún interés en la promesa de Dios de exaltar a los humildes, así como quienes disfrutaban de una riqueza sobrea-bundante solo pueden temer perder parte de su excedente si quienes ahora tienen hambre son saciados. Por otro lado, el razonamiento es sólido: si el poder y las responsabilidades se abren a las mujeres, habrá menos para los hombres, así como si la riqueza se distribuye mejor, quienes ahora disfrutaban de la abundancia tendrán menos. Esta lógica carece de valor para quienes han hecho del Evangelio el fundamento de su existencia: desean la vida para todos, tienen hambre y sed de justicia, no quieren que se pierda ni uno solo de estos pequeños, saben que Dios no prefiere a unos sobre otros.

Es doloroso para las teólogas feministas ver la reacción contraria de quienes creen en nuestro propio Evangelio. Nos preguntamos con tristeza por qué no ven la belleza de promover la vida de todos, pero somos conscientes de que nadie es nuestro enemigo, excepto el sistema cultural que nos esclaviza y busca privarnos del Evangelio. Solo podemos seguir estudiando, estableciendo interpretaciones, ofreciendo resultados, iniciando prácticas transformadoras y alzando la voz con autoridad y conocimientos, porque sabemos que esto traerá más vida no solo a nosotras mismas, sino a todos, como enseña el Evangelio.

Iglesia y cuestionó la estructura misma de la teología occidental, denunciando sus raíces patriarcales y androcéntricas. Ha escrito cientos de artículos y 36 libros, incluyendo el estudio *Sexism and God-Talk*, donde muestra cómo el lenguaje sobre Dios y las estructuras eclesiales han legitimado relaciones de dominación, invitándonos a repensar la fe y la tradición desde la experiencia histórica de las mujeres. **Elizabeth Green** dice en *Il Regno delle Donne*, Ruether fue “una pionera a nuestro lado”, capaz de abrir nuevos caminos en el ámbito académico y eclesiástico, abordando temas como la cristología, la autoridad y la liberación con una mirada crítica y radical.

Cuando falleció, **Maria Bianco**, en *Donne Chiesa Mondo*, destacó la importancia de su teología

ecofeminista: la subordinación de la mujer y la explotación de la tierra surgen de la misma lógica de dominación. La teología no puede ser neutral porque debe convertirse en un instrumento de justicia, capaz de apoyar a las comunidades que buscan la igualdad y la reconciliación con la creación. Su radicalidad la ha convertido en una figura incómoda, pero sus reflexiones son un referente esencial en el debate teológico contemporáneo.

MARY JOHN MANANZAN, fe y revolución

La teología no puede separarse de la vida cotidiana, porque “es en la vida cotidiana donde nos encontramos con Dios y con las injusticias del mundo”.



Está convencida de ello **Mary John Mananzan** (1937), monja benedictina filipina, escritora y educadora. En 1975 apoyó a los trabajadores durante la huelga de La Tondeña, la primera gran protesta contra la ley marcial impuesta por el dictador **Ferdinand Marcos**. Es una de las figuras más prestigiosas de la teología feminista asiática. Su investigación

mezcla el cristianismo, la historia y la condición de la mujer en Filipinas. Ha estado entre los católicos que apoyaron el proyecto de ley sobre el acceso a la anticoncepción, el control de la fertilidad, la educación sexual y la atención materna, y el proyecto de ley sobre la igualdad en la orientación sexual y la expresión de la identidad de género.

Con raíces en la espiritualidad benedictina, Mananzan insta a la Iglesia a abordar críticamente el clericalismo y los modelos culturales heredados del colonialismo, proponiendo no una ruptura, sino un proceso de renovación. Su originalidad reside en haber demostrado que la perspectiva de las mujeres asiáticas no es periférica, sino crucial para comprender la dimensión universal de la fe cristiana.

Durante siglos, Dios ha sido representado casi exclusivamente como Padre, rey, juez y soberano. No es solo cuestión de palabras, sino de imaginación. El uso de un lenguaje masculino y jerárquico refleja una construcción simbólica que ha afectado profundamente la autocomprensión y las relaciones de poder de la comunidad cristiana en contextos eclesiales. Las imágenes que una comunidad utiliza para expresar lo sagrado se convierten en el espejo en el que se mira a sí misma: configuran significado, formas de cuidar, relaciones sociales y prácticas litúrgicas.

Cuando las teólogas feministas comenzaron a interrogar este espejo, no pidieron simplemente que se añadieran algunos rostros femeninos, si es que cabían. Comprendieron que era necesario cambiar el marco. La teología feminista no se limitó a proponer “un rostro alternativo” de Dios, sino que cuestionó las formas históricas y culturales en que Dios ha sido concebido, devolviendo vitalidad a figuras que la propia tradición había marginado progresivamente.

Una de estas figuras resurge del Oriente cristiano. En el icono de la Santa Sabiduría de Dios, de Nóvgorod, del siglo XV, Sofía se sienta en el centro, envuelta en un rojo intenso, con las alas extendidas. No aparece como un adorno ni como un atributo secundario: es una presencia que sostiene toda la escena. A su alrededor aparecen Cristo, **María** y **Juan**, como girando en torno a este corazón luminoso, sugiriendo una relacionalidad dinámica y no jerárquica. En los textos bíblicos, la Sabiduría habla en primera persona, camina entre los seres humanos, participa en la creación.

Dios como madre

Teólogas como **Elisabeth Schüssler Fiorenza** y **Elizabeth Johnson** han demostrado que **Sofía** no es un adorno poético, sino una verdadera figura teológica: es el rostro relacional de Dios, su intimidad con el mundo. No es un trono, sino una danza. No es un cielo lejano, sino una voz que recorre los caminos de la humanidad y llama a la vida y la justicia. Junto a ella, otra imagen cobra forma, más corpórea, más frágil: Dios como madre. No una madre idealizada, sino una mujer que genera, que sangra y que amamanta. **Rosemary Radford Ruether** y **Elizabeth Johnson** re-



No solo Padre

La teología feminista restaura los diferentes rostros de Dios

cordaron que la Biblia habla de un Dios que da a luz, que se conmueve como una mujer en el parto y que no puede olvidar al hijo de su vientre. Esta imagen rompe la idea de un Dios neutral, abstracto e incorpóreo.

Aquí, la divinidad no está por encima de la vida, sino dentro de la carne. Lo divino se vuelve vulnerable, expuesto y ligado al destino de sus criaturas. Todo cambia, incluso el dolor, incluso la curación e incluso la compasión se convierten en espacios teológicos. No se trata de suavizar a Dios, sino de reconocer que el poder

también puede ser generativo, no solo soberano.

En *La creación de Adán*, de **Miguel Ángel**, el manto que envuelve a Dios toma la forma de un vientre materno, en cuyo interior se encuentran figuras femeninas. Muchos estudiosos han interpretado este detalle como una poderosa metáfora: la vida no nace de una orden divina, sino de un espacio generativo. De repente, una mujer fugitiva entra en escena. Está en el desierto, abrazando a un niño, sin patria ni protección. Es **Agar**, la extranjera del Génesis que huye con su hijo **Ismael**. Su





historia, reinterpretada por la teología *womanist* (con raíces en la experiencia de las mujeres afroamericanas), se ha convertido en una de las imágenes más impactantes del feminismo teológico. **Delores S. Williams** vio en ella a la primera mujer en las Escrituras que se encuentra con Dios fuera de los “espacios oficiales” de la salvación. A través de su reconstrucción bíblica y teológica, destacó cómo la experiencia de Agar constituye un paradigma en el que la salvación se manifiesta no como un triunfo, sino como una presencia que sostiene en tiempos de dificultad.

Representaciones artísticas como las dedicadas a Agar e Ismael acentúan su

vulnerabilidad física y su resistencia, revelando una sabiduría del sufrimiento que nos invita a repensar la presencia de Dios junto a los excluidos y vulnerables. En Agar, la salvación no se materializa en una victoria, sino en una superviviente que resiste con Dios en el desierto de la vida cotidiana.

La imagen final no tiene rostro humano, sino un cuerpo inmenso. En obras como *Raíces* de **Frida Kahlo**, el cuerpo femenino se entremezcla con la tierra: las ramas crecen de las venas, la vida surge del suelo. El ecofeminismo teológico ha reconocido en imágenes como esta un nuevo lenguaje para hablar de Dios. Teólogas como

Sallie McFague, quien habló del mundo como “el cuerpo de Dios”; e **Ivone Gebara**, quien insistió en la presencia de Dios en las relaciones vitales de la Tierra, se han atrevido a pensar en la creación no como un escenario neutral, sino como carne sagrada, vulnerable y herida. El Árbol de la Vida ya no es simplemente el símbolo de un paraíso perdido. Se convierte en el signo de una salvación que también alcanza ríos, bosques y pueblos.

Transformación

Aquí, lo divino no reina desde arriba, sino que respira en la fragilidad de la Tierra. Sofía, la Madre, Agar, la Tierra. Estas no son simples imágenes. Abren horizontes de significado y transforman nuestra forma de pensar sobre Dios, la comunidad y la salvación. Estos no son símbolos inofensivos porque generan liturgias, éticas y comunidades diversas. Hablan de un Dios que no reina desde lo alto, sino que se deja encontrar en las relaciones, en el cuerpo, en la lucha, en la sanación.

Las teólogas feministas no han reemplazado un rostro por otro: han enseñado a la Iglesia a ver de nuevo. No es una moda pasajera, sino una reescritura de la imaginación. Cambiar la imagen de Dios también significa transformar la forma en que nos vemos, nos juzgamos y nos salvamos. Y quizás nos permita aprender, finalmente, a reconocernos no como sujetos, sino como hijos e hijas de una Sabiduría que sigue caminando entre nosotros.





Universidad Pontificia de Salamanca

UNIVERSIDAD DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Comprometidos con un futuro excelente



www.upsa.es

Universidad patrocinadora de este suplemento